

Escrivá, Bulletin, 1, 2009, pp. 4-5). A comienzos del siglo XXI, la Iglesia en Holanda vuelve a florecer en muchos ambientes y con diversas realizaciones. El Opus Dei no ha sido ajeno a esa renovación. Por ejemplo, con la inspiración de san Josemaría, los sacerdotes de la Obra se pusieron desde el comienzo a disposición para oír confesiones en diversas iglesias; se trataba de un servicio de singular importancia, pues hay que tener en cuenta que la práctica del sacramento de la Penitencia se había abandonado casi totalmente, a mediados de los años sesenta, y así continuó la situación durante muchos años. Además, movidos por la devoción eucarística del fundador, sacerdotes de la Obra volvieron a introducir la procesión con el Santísimo por las calles y los canales de Amsterdam, desde la iglesia de Nuestra Señora en el Keizersgracht, aprovechando el ciento cincuenta aniversario de la dedicación de esa iglesia. Las procesiones habían estado prohibidas desde el año 1578 hasta entrados los años ochenta del siglo XX.

Bibliografía: AVP, III, pp. 335-336, 530-534; *Heilige Jozefmaria Escrivá, Bulletin*, 1, Amsterdam, 2009; Th. J. C. VAN BILSEN, O.F.M., *Kerk op weg*, Oegstgeest, Colomba, 1990; Ria BONGA-ARTS, *Opus Dei*, Kampen, Kok, 2006.

Hermann STEINKAMP

HOYO ALONSO, SALVADORA (DORA) DEL

(Nac. Boca de Huérgano, León, España, 11-I-1914; fall. Roma, Italia, 10-I-2004). Dora del Hoyo fue la primera numeraria auxiliar del Opus Dei, a la que han seguido muchas otras de todas las razas y puntos cardinales del mundo. Hija de Demetrio del Hoyo y de Carmen Alonso, vecinos de la citada villa y labradores, ocupó el quinto lugar entre sus hermanos –tres niñas más y dos varones–. Fue bautizada en la iglesia

parroquial de San Vicente Mártir, el 13 de enero de 1914.

Dora acompañó y ayudó a sus padres en las tareas de la casa y de la tierra. Mostró muy precozmente gran inteligencia y habilidad en múltiples ocupaciones y trabajos. Durante seis años asistió a la escuela pública y aprendió a leer en *El Quijote*, único libro disponible para los maestros del pueblo. Destacó por su ambición de saber.

Se trasladó a Madrid en 1940, con veintiséis años, para encontrar una ocupación acorde con sus proyectos. Se apoyó en las religiosas de María Inmaculada, conocidas como del Servicio Doméstico. De 1940 a 1944 trabajó como doncella, en puestos de responsabilidad en casas de alto nivel social.

El 1 de octubre de 1943, el fundador del Opus Dei había puesto en marcha, en Madrid, la Residencia Universitaria La Moncloa, para estudiantes de diversas facultades. Las religiosas del Servicio Doméstico, que apreciaban al fundador y valoraban el trabajo de Dora del Hoyo, mediaron para que Dora abandonara otros empleos más confortables y mejor remunerados, y pasara a ayudar en las tareas de atención y cuidado doméstico de la Residencia de La Moncloa, dirigida en sus tareas administrativas por Encarnita Ortega y Narcisca González Guzmán, fieles del Opus Dei.

Dora tuvo que vencer una lógica resistencia para aceptar esa propuesta, pero al fin accedió, y en enero de 1944 comenzó a trabajar en esa Residencia, en la que aún no se habían acabado las obras de instalación y que tenía carencias de todo tipo, debidas también a las penurias causadas por la Guerra Civil española. Al percatarse del panorama pensó en marcharse inmediatamente. Pero le dio pena ver el exceso de trabajo y la inexperiencia en esta tarea del grupo encargado de que la casa funcionara. Encarnita y cuantas se ocupaban de la Residencia descubrieron pronto los

conocimientos de Dora: cuidado y conservación de la ropa, lavado, plancha, tintorería, arte culinario... Era además serena y educada. En Moncloa conoció a san Josemaría, que fue desde entonces el punto de referencia en su vida (cfr. SASTRE, 1989, pp. 301-308).

El trabajo de administrar los Centros captaba buena parte de la atención del fundador. Desde que se abrió el primer Centro de mujeres del Opus Dei, Jorge Manrique, insistía en que pidieran a Dios mujeres que vocacionalmente desearan realizar este trabajo con dedicación profesional. No se trataba de una llamada distinta, sino de un trabajo más, incluido en la universal vocación a la santidad, pero de una relevancia imprescindible. Las que recibieran esta vocación en el Opus Dei se formarían con iguales medios, en amable convivencia familiar, compartiendo el esfuerzo y el estudio, capacitándose para desempeñar dignamente su profesión (cfr. SASTRE, 1989, pp. 301-308).

Por impulso de san Josemaría, en agosto de 1945 comenzó una nueva residencia de estudiantes en Bilbao (España), Abando. Su puesta en marcha requería la capacidad y el trabajo de personas como Dora del Hoyo. Se trasladó a Bilbao el 19 de septiembre de 1945. Allí el 14 de marzo de 1946 solicitó la admisión en el Opus Dei. Poco después, el 3 de mayo de 1946, se fue a vivir a Los Rosales, en Villaviciosa de Odón (Madrid), Centro de formación de las mujeres del Opus Dei, donde pudo ver a san Josemaría con frecuencia y recibir directamente orientación para el horizonte sobrenatural y humano de su vocación cristiana y de su trabajo.

El 23 de junio de 1946, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer se trasladó a Roma, donde establecería la Sede Central de la Obra. El 27 de diciembre del mismo año, Dora aterrizaba en el aeropuerto de Ciampino junto con otras mujeres del Opus Dei: iban a atender el trabajo de la administración del Centro de Roma e ini-

ciar la labor apostólica del Opus Dei en Italia con mujeres.

En 1948 san Josemaría empezó a vivir en un edificio situado en el barrio romano de Parioli, que fue llamado Villa Tevere, donde iba a tener su sede el gobierno central del Opus Dei. Allí estuvo situado también el Colegio Romano de la Santa Cruz, Centro internacional de formación, erigido ese mismo año. En 1953 fue erigido el Colegio Romano de Santa María, para mujeres. Durante treinta años Dora se entregó a la tarea de llevar la administración doméstica de esos Centros, permaneciendo hasta 1973 en Villa Tevere y, desde ese año, en Cavabianca, a unos 10 kilómetros del centro de Roma.

De 1958 a 1972, algunos veranos san Josemaría residió durante breves periodos en diversos lugares de Inglaterra, Alemania, Italia o Francia. Dora, formó parte del pequeño grupo que atendió el trabajo de administración en estos lugares, aportando su experiencia y capacidad.

Recuperada de un infarto cardiaco en 1981, Dora reanudó su tarea hasta que cayó seriamente enferma en agosto de 2003. Falleció en la madrugada del 10 de enero de 2004. Reposa en la cripta de la iglesia prelatia de Santa María de la Paz, que conserva el sagrado cuerpo de san Josemaría, junto a los restos mortales de Mons. Álvaro del Portillo, y de Carmen Escrivá de Balaguer.

A lo largo de los años que pasó en Roma, la conocieron numerosas mujeres del Opus Dei de muy diversos países; la alegría y el servicio abnegado de Dora dejaron huella en sus vidas. Dora entendió y respaldó, con su vida de servicio, la trascendencia sobrenatural que Mons. Escrivá dio siempre al trabajo de la administración doméstica y al cuidado de los Centros de la Obra. Poco después de su fallecimiento, se iniciaron los trámites para su causa de canonización.

Voces relacionadas: González Guzmán, Narcisca (Nisa); Mujeres en el Opus Dei, Inicio del apostolado; Ortega Pardo, Encarnación (Encarnita); Villa Tevere.

Bibliografía: AVP, II y III, *passim*; María Digna DÍAZ PÉREZ, *Historia de la Congregación de Religiosas de María Inmaculada*, Madrid, Editábor, 2002; Javier MEDINA BAYO, *Una luz encendida. Dora del Hoyo*, Madrid, Palabra, 2011; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989.

Ana SASTRE

HUMILDAD

1. Naturaleza e importancia de la humildad.
2. Los caminos hacia la humildad.
3. Manifestaciones de la humildad.
4. La Virgen Santísima, maestra de humildad.

San Josemaría dedica a la humildad varias homilias en *Amigos de Dios* y en *Es Cristo que pasa*; algunos capítulos en *Camino* y en *Surco*, y habla de ella en otros muchos momentos. Se puede afirmar que la referencia a esta virtud es constante en todos sus escritos y en toda su predicación.

Su concepción de la humildad está impregnada de toda una tradición permanentemente meditada e incorporada a su vida. Además de la Sagrada Escritura y de las otras fuentes de inspiración presentes en san Josemaría (la patrística, los grandes doctores de la Iglesia...), muchas de las formulaciones y expresiones lingüísticas que utiliza sobre la humildad se inscriben claramente en la corriente mística y literaria del Siglo de Oro español, en particular en autores como Santa Teresa de Jesús y Cervantes. Las referencias, a menudo implícitas (cfr. por ejemplo, S, 259, 289) son muy numerosas.

Toda esa tradición, confirmada con la fuerza de su rica experiencia personal y pastoral, aparece, al mismo tiempo, exenta de sistematización y enriquecida por la

visión particular del carisma recibido. La radicalidad de muchas de sus expresiones sobre nuestra pequeñez (cfr. C, 207, 592, 597), patrimonio común de la espiritualidad cristiana, está siempre acompañada por la afirmación, no menos radical, de la grandeza de nuestra condición de hijos de Dios (cfr. C, 274; AD, 143-144). Así enraizado, el “estilo” de humildad propuesto por san Josemaría al cristiano que busca la santidad en medio del mundo a través de su trabajo ordinario rezuma equilibrio, naturalidad, alegría inquebrantable y buen humor.

1. Naturaleza e importancia de la humildad

En las enseñanzas de san Josemaría, la humildad es descrita, ante todo, como la virtud que permite fundamentar y orientar correctamente toda la vida del hombre. “Por la senda de la humildad se va a todas partes..., fundamentalmente al Cielo” (S, 282). Al procurarnos la verdad esencial sobre nosotros mismos, la humildad nos dispone, como una brújula, a ajustar nuestro comportamiento, a lo largo de la vida, a esa verdad. El hombre, única criatura terrestre capaz de conocerse, es también la única capaz de asumir y orientar libremente su vida, aceptando o rechazando su identidad.

Como toda virtud, la humildad supone un saber y un poder: *un saber* sobre nuestra identidad humana y personal que “nace, como fruto de conocer a Dios y de conocerse a sí mismo” (F, 184); y *un poder*, fuerza activa, fruto de la gracia de Dios y de nuestra voluntad libre, que nos permite vivir, en todo momento, de acuerdo con nuestra identidad y nuestra finalidad.

Pero, ¿quiénes somos?, ¿para qué vivimos? La humildad “es la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza” (AD, 94). Este conocimiento sólo es posible mirándonos en Dios como en un espejo, penetrando por la fe en el misterio de nuestra creación y redención.

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.